ESCRITOS ADULTOS

ESCRITO 1: Juan Rafael Márquez Carrillo

El hombre que quería ser perro

Avanzaba cabizbajo por la calle renegando de su mala suerte. En los últimos tiempos nada le había salido bien y estaba a punto de mandarlo todo a paseo. La relación con su pareja había fracasado, el trabajo que tenía apenas le daba para seguir viviendo en casa de sus padres cuando ya rondaba los treinta años, además de ser un trabajo de… ¡poco satisfactorio!, el coche de quinta mano que le prestaba su padre se había roto, andaba fastidiado de una pierna por culpa de las pachangas de fútbol que echaba con los colegas (andaban últimos de la liguilla del barrio), su equipo estaba echando una temporada horrible en la primera división y era el cachondeo diario de vecinos y colegas… total, nada iba bien, nada tenía sentido en su vida.

Cerca del parque reconoció a lo lejos a una amiga del instituto que hacía mucho tiempo que no veía y con la que siempre le había unido un vínculo especial. Iba vestida de forma espectacular, como las mujeres de las películas, de los anuncios, que van ocupando toda la calle cuando van caminando. El pelo al viento como en un anuncio de champú, abrigo largo y elegante, pañuelo al cuello, zapatos de tacón y pantalones pitillo.

Avanzaba lentamente empujando un carrito de bebé. No pasaba desapercibida ciertamente entre los transeúntes. Los hombres la miraban con admiración, las mujeres con algo de envidia. Sin poder evitarlo se acercó a ella para hacerse el encontradizo.

- Mónica, ¿eres tú? ¡Cuánto tiempo sin verte, estás espectacular!
- ¡Paco! Qué sorpresa más agradable, hace siglos que no nos vemos.

Se abrazaron y por un momento el mundo fue un sitio mejor. Con la cercanía pudo percibir su perfume. Era la medida justa entre el aroma del mar y el cielo. Allí, cerca de su cuello, notando su abrazo, deseó que el tiempo se detuviera y que se acabara el mundo en aquel preciso instante.

- No sabía que tuvieras un hijo… ¿Es niño o niña?

El comentario provocó una sonora carcajada que acabó por desarmarle. Aquella risa era el agua fresca que necesitaba para seguir adelante. Nunca se podría perdonar no haberlo intentado con ella, aunque siempre se moría de ganas de haberlo propuesto, pero no se sintió nunca a su altura. Así es la vida.

- Calla tonto, mira qué cosa más bonita tengo aquí…

Abrió la capota del carrito de bebé y cogió entre sus brazos a un cachorro de perro salchicha del tamaño de un botellín de cerveza. Lo abrazó, lo acarició, lo besó cientos de veces, mientras el animalito se dejaba querer y la miraba con sus ojitos de canica, negros y brillantes, mientras agitaba alegremente su colita.

- Te presento a Pupy, así se llama. Es lo más bonito que he visto en mi vida. Ya no puedo vivir sin él, me ha robado el corazón. Me tiene loca.

Ella debió notar mi cara de sorpresa y perplejidad, la mandíbula caída y la boca abierta, porque volvió a soltar otra sonora carcajada.

- Son los hijos modernos, ¿no te has dado cuenta todavía? Dan menos trabajo, más satisfacciones, no se vuelven adolescentes rebeldes llenos de granos, no piden móviles y patinetes eléctricos, no hay que estar pendientes de que estudien, se porten bien, no

protesten… en fin, son todo ventajas. Además, aquí está su mamá para cuidarlo, abrazarlo, darle de comer lo que le guste, pasearlo, compartir el sofá, bañarme con él, meterlo en la cama conmigo…

Paco se imaginaba la escena pero cambiando al perrito por él mismo. No podía concebir una situación más deseable que la que estaba describiendo, especialmente la de la bañera y la cama. No tener preocupaciones, estar en casa tumbado en el sofá esperando que ella llegase, que le preparase la comida, le achuchara cada vez que ella abriera la puerta, salir a recibirla moviendo la colita… y luego al sofá y la cama… pasando antes por la bañera, que se le había pasado el detalle.

Recordaba el antiguo dicho de los pueblos de que alguien llevaba una vida de perros… ¡cómo había cambiado la historia! Así que sin pensárselo mucho le hizo una proposición a Mónica, total, el "no" ya lo tenía y … de perdidos al río.

- Mónica, no sé si sabes que ahora hay una tendencia en la que las personas se creen perros. Los "therians" nos llaman. Somos personas que nos identificamos espiritual y psicológicamente con perros y adoptamos comportamientos animales. Precisamente vengo de la oficina que ha instalado el ayuntamiento en el área de Bienestar Social para registrarme como "therian". Mi nuevo nombre es Boby y ando buscando una dueña que me adopte.

Por un momento creí que iba a colar. Puso primero cara de asombro, luego se le fue dibujando una sonrisa y por último terminó derramando una carcajada que casi la tira al suelo. Toda la gente que estaba alrededor nos miraba con extrañeza, no sabiendo muy bien qué pensar. Llegué a preocuparme porque creía que le iba a dar algo. Cuando pudo recomponerse después de un buen rato, con lágrimas en los ojos y frecuentes repeticiones de ataques de risa incontenible, me dijo:

- Oye, ha sido un buen intento. Por ahora tengo esa faceta cubierta con mi Pupy pero… quién sabe. No me había reído tanto en mi vida. No recordaba que fueras tan gracioso. Dame tu teléfono por si acaso.

Yo me fui de allí empezando a adoptar modos de perro. Babeaba con una sonrisa estúpida y cara de felicidad. Me había cambiado el día, la suerte, la vida. Posiblemente no me llame nunca pero…¿y si sí? Todo lo que necesita una persona es un poco de esperanza.

ESCRITO 2: ***Eugenia Petidier***

La luz de la Fuente

Nací en la calle La Fuente, donde el agua no solo corría por la piedra, sino también por la memoria. Mi pueblo fue sembrado por manos extranjeras —alemanas y francesas— que llegaron con acentos distintos y el mismo hambre de tierra y futuro. Yo nací mucho después de su llegada, pero algo de ellos se me quedó en la sangre.

Cuando abrí los ojos por primera vez, la luz blanca de la campiña se me clavó dentro, como si quisiera quedarse a vivir en mi mirada para siempre. Era una luz limpia, dura, de esas que no esconden nada: ni la pobreza, ni el esfuerzo, ni las grietas de las casas ni de las personas.

Mi madre caminaba esa calle con pasos firmes, aunque la vida le pesara en los hombros. Mis abuelas, con manos curtidas y paciencia infinita, levantaron días enteros a base de silencio, pan y dignidad. No tuvieron fácil nada, pero tampoco pidieron permiso para seguir.

Y yo, sin saberlo entonces, heredé ese brillo en los ojos: mezcla de sol, de historia y de mujeres que, como la fuente, nunca dejaron de brotar, aunque el mundo apretara.

ESCRITO 3: ***Janet Barbarroja Vacas.*** ***(TERCER CLASIFICADO)***

Destellos en lo cotidiano

Aquella mañana empezó como tantas otras: con el sonido del despertador antes de que el sol terminara de asomarse. No hizo falta que sonara dos veces. Abrió los ojos con esa mezcla de cansancio y determinación que ya formaba parte de ella, como una segunda piel. Durante unos segundos, se quedó quieta, mirando al techo, respirando hondo. Ese pequeño instante de silencio era suyo. Solo suyo.

Enseguida, la vida empezó a correr.

El desayuno, las mochilas, los "mamá, no encuentro esto", "mamá, ¿me firmas esto?", "mamá, hoy tengo examen". Y ella, siempre, respondiendo, resolviendo, sosteniendo. Con una sonrisa a medias, con el café enfriándose en la encimera, con el corazón latiendo deprisa, pero latiendo fuerte, aunque cada vez más débil.

Había días en los que sentía que no llegaba. Que el tiempo se le escapaba entre los dedos como arena. Que todo dependía de ella, y que si ella fallaba, todo se vendría abajo. Y sin embargo, no fallaba. Nunca fallaba.

Cuando la puerta se cerró tras sus hijos, la casa quedó en silencio. Un silencio denso, casi incómodo. Se apoyó un segundo en la pared y cerró los ojos. Ese era el momento en el que el peso se hacía más evidente. No porque antes no estuviera, sino porque entonces no había ruido que lo tapara.

Pensó en su madre.

Ocho años. Ocho años viendo cómo los recuerdos se deshacían poco a poco, como hojas secas en otoño. Ocho años repitiendo historias, nombres, caras… hasta que dejaron de significar algo. A veces, cuando la miraba, ya no sabía si la reconocía o no. Y eso dolía de una forma difícil de explicar. No era un golpe seco. Era un dolor constante, silencioso, que se instalaba en el pecho y no se iba.

Aquel día decidió ir a verla un poco antes.

La encontró sentada junto a la ventana, mirando hacia fuera, como si esperara algo. Como si el mundo todavía tuviera sentido desde allí. Se acercó despacio, con esa mezcla de ternura y miedo que siempre la acompañaba.

—Mamá —susurró.

La mujer giró la cabeza. Sus ojos, ya un poco perdidos, se detuvieron en ella. Durante un segundo eterno, pareció haber algo. Un destello. Un reconocimiento que quizá solo existió en su imaginación.

—Qué guapa eres —dijo su madre, con una sonrisa leve.

Y entonces, sin saber por qué, sintió que se le rompía algo por dentro.
Porque no sabía si la había reconocido como hija… o simplemente como alguien.

Se sentó a su lado. Le cogió la mano. Era una mano frágil, pero cálida. Y en ese contacto, en ese gesto tan simple, encontró algo parecido a la paz. No necesitaban palabras. No necesitaban recuerdos. Solo ese instante.

Solo ese ahora.

Al salir, el mundo seguía igual. La gente caminando deprisa, los coches pasando, el ruido constante. Pero dentro de ella, algo había cambiado. O quizá no cambiado… sino colocado en su sitio.

Esa tarde, al recoger a sus hijos, uno de ellos salió corriendo y se lanzó a abrazarla.

—¡Mamá!

Y ella, que tantas veces estaba pensando en lo siguiente, en lo que quedaba por hacer, en lo que faltaba… esa vez se detuvo.

Lo abrazó fuerte.

De verdad.

Sintió su peso, su calor, su risa. Y por un momento, todo lo demás dejó de importar. No había tareas, ni prisas, ni listas interminables. Solo ese abrazo.

Solo ese segundo.

Esa noche, mientras recogía la cocina, se dio cuenta de algo. No era que su vida fuera fácil. No lo era. Estaba llena de responsabilidades, de cansancio, de momentos duros. Había días en los que se sentía sola, desbordada, invisible.

Pero también estaba llena de pequeños instantes.

El “buenos días” somnoliento de sus hijos.
El olor del café por la mañana.
La mano de su madre apretando la suya, aunque no supiera quién era.
Una risa inesperada.
Un “te quiero” dicho sin pensar.

Pequeñas cosas.
Cosas diminutas que, si no se miraban con atención, pasaban desapercibidas. Pero que, en realidad, eran las que sostenían todo lo demás.

Se sentó un momento, por fin. El día había terminado. Estaba agotada. Le dolían los hombros, la cabeza, el alma.

Pero también… estaba viva.

Y en medio de ese cansancio, sonrió.

Porque entendió que la felicidad no era algo grande, lejano, perfecto. No era una meta a la que llegar cuando todo estuviera en orden. Porque nada estaba en orden. Y probablemente, nunca lo estaría.

La felicidad era eso.

Era encontrar luz en medio del caos.
Era detenerse un segundo en mitad de la prisa.
Era abrazar fuerte cuando todo pesaba demasiado.
Era seguir, incluso cuando dolía.

Se levantó, apagó la luz y caminó hacia su habitación.

Mañana volvería a empezar todo. El ruido, las prisas, las responsabilidades, el cansancio.

Pero también volverían esos pequeños instantes.

Y esta vez, no pensaba dejarlos escapar.
El paso del tiempo es una de esas realidades que no se pueden detener, negociar ni repetir. Avanza de manera constante, sin hacer ruido, incluso cuando creemos que todo está quieto. A veces lo imaginamos como algo lejano, casi abstracto, pero en realidad se manifiesta en lo más cercano: en un cambio de mirada, en una conversación que ya no vuelve, en una etapa que se cierra sin avisar.

Con el tiempo aprendemos que no todo se puede conservar. Las personas cambian, los lugares se transforman y nosotros mismos dejamos de ser exactamente quienes éramos ayer. Esto puede generar cierta nostalgia, porque mirar atrás es darse cuenta de lo que ya no está. Sin embargo, también es una forma de reconocer lo vivido y darle valor.

El tiempo no solo se lleva cosas; también construye. Gracias a él crecemos, aprendemos, corregimos errores y descubrimos lo que antes no entendíamos. Cada experiencia deja una huella, aunque no siempre sea visible en el momento. Lo vivido se acumula dentro de nosotros y nos va formando, casi sin darnos cuenta.

Muchas veces intentamos acelerar o frenar el tiempo según lo que nos convenga. Queremos que pase rápido en los momentos difíciles y que se detenga en los buenos. Pero el tiempo no responde a nuestros deseos. Su naturaleza es seguir adelante, indiferente a nuestras prisas o a nuestros miedos.
La evolución del tiempo es silenciosa, constante e inevitable. No se detiene ni se adapta a nuestros deseos, simplemente avanza, incluso cuando no somos conscientes de ello. A veces lo percibimos en los grandes cambios: el final de una etapa, la pérdida de alguien o el inicio de una nueva vida. Pero, sobre todo, se esconde en los detalles pequeños del día a día.

El tiempo transforma todo lo que toca. Cambia a las personas, modifica los lugares y convierte los momentos presentes en recuerdos. Por eso, lo que hoy vivimos con normalidad, mañana puede convertirse en algo irrepetible. Esa idea puede generar cierta nostalgia, pero también nos invita a valorar más lo que tenemos ahora.

No podemos detener el tiempo, pero sí podemos decidir cómo lo vivimos. Si lo llenamos de prisas o si aprendemos a detenernos en lo cotidiano. Porque al final, la vida no se mide solo en años, sino en la intensidad con la que hemos sabido aprovechar cada instante.

ESCRITO 4: ***Ana Cruz Costa Sánchez.*** ***(PRIMER CLASIFICADO)***

Melancolía en la ciujazz

Un quinteto de jazz, unos gatos sentados en los tejados.
La ciudad nunca duerme y nunca miente, siempre acompaña.
La noche se abre como una herida lenta, suena una trompeta suave tocando notas largas y en jazz -siempre jazz- el jazz sube desde las calles como un aliento tibio, cansado de existir.
Los gatos avanzan sobre las cornisas con precisión de relojes de pared. No dudan, no esperan, no idealizan.
Observan, solo observan, los gatos en los tejados.
Han visto a ese hombre antes, el gato contrabajo lo acompaña con un sonido bajo, resonante, pizzicato. Lo reconocen, no por su rostro, sino por su forma de quedarse; prácticamente inmóvil, prácticamente sin sentir, prácticamente sin ser, como si el mundo hubiese pasado por encima y no hubiese dejado rastro.

Una noche más, un mismo lugar,
ha venido a existir sin pertenecer,
ha venido a sentir el no sentir,
ha venido a escuchar el jazz que no puede olvidar.
Ella no llega, aparece.
Los gatos caminando al jazz la han interpretado a lo lejos, al unísono, una figura discreta, una figura en la sombra enciende un cigarrillo. Como la noche, cansada de su propia extensión, fuma con pena, fuma con nostalgia, desaparece entre el humo.

La llama revela mensajes escondidos;
la curva de unos labios que no prometen,
unos ojos que no se entregan,
una belleza incompleta que solo los ojos que la ven la terminan.
El humo sube,
los gatos lo siguen con la mirada, como si fuera una señal antigua, una señal ya pasada, ellos saben leer esos gestos; la distancia exacta entre dos cuerpos, la tensión visible que nunca se rompe.

El gato trompeta se acerca al borde. Sus notas largas, lentas y suaves. Comprende el patrón; el humano que mira, la forma en que ella se deja mirar y el vacío entre ambos, el vacío una vez lleno y ahora esfumado.
El gato trombón también lo sabe. Es la historia más antigua del sentir, el no sentir. Melodía grave, melancólica, inevitable, casi triste. Él no siente, -o eso cree- pero hay algo más poderoso que la certeza, la necesidad.
Tocar la mano,
sentir su ausencia,
sentir su vacío.
Llenar el no sentir.
Él la ama, pero no a ella,
él ama lo que ha hecho con ella,
volver a sentir, volver a llenar el vacío del no sentir.
El gato escobillas de batería marca el compás, conoce el ritmo del saber; la disonancia del querer sentir.
Ella lo sabe y entonces lo mira, lo observa.

Siempre hay un instante, -mínimo, casi imperceptible- en el que podría romper el ritmo, el hechizo. Decir algo, volverse concreta, dejar de respirar.

Pero no, no lo hace,
entonces dejaría de existir.

Se acerca lentamente, el humo los envuelve, ella no deja de fumar. Por un instante todo parece posible sin serlo nunca, todo parece real, todo parece llenarse de sentir.
Ella sonríe,
y se desvanece, asciende con el humo al cielo de la ciudad, vuela a la luz de la luna.
Silencio,
silencio sepulcral, silencio de redonda.
El gato piano ha dejado de tocar, ni siquiera el jazz lo puede interpretar, hay algo denso, hay algo más antiguo en el sentir,
la desilusión.
Él y ella ya no son,
Nunca fueron del todo.
Tocarse hubiese terminado la historia. Y las historias que perduran son otras; las que no se completan, las que se transforman, las que aparecen y desaparecen, las que son y las que no son, las que van y las que vuelven, las que nunca llegan a ser para realmente ser.
Él a paso nostálgico, casi sin tocar el suelo, se aleja,
feliz al borde del precipicio, un cigarrillo, una calada, la última calada, también quiere ser humo, también quiere caer al cielo de la ciudad.
Pero no salta,
retrocede.
No hay despedida porque no ha habido encuentro,
no hay pérdida porque no ha habido posesión.

El jazz vuelve.
El quinteto retoma el sentido.
Los gatos lo saben; la historia ha terminado.
O quizás no.
Él sigue mirando,
siente el vacío, no como ausencia, sino como huella. Como si algo hubiera pasado… sin haber sucedido nunca.
Ha amado,
ha sentido,
ha construido,
todo fue intenso,
pero nada fue real.
Una última estrofa de jazz,
los gatos se dispersan.

Saben que la historia ha terminado, saben que todo puede volver a pasar. Porque la noche es larga, y siempre habrá otro que confunda el vacío con el amor.

ESCRITO 5*: Miguel Partera Ansio*

Nadie te humille!
Nadie te anule!
Mensaje eterno del abuelo.
Surcos son los sueños
En el corazón del viejo.
Corazón lleno de surcos
Corazón embriagado de sueños.
Sueños llenos de abrazos,
Abrazos de hijos y nietos
que de sus entrañas salieron
Con el verdor del Sarmiento.
Cruz y derrota es el camino
que recorre este viejo.
Abrazando su destino
Como grave sacrilegio.
En la arruga del pellejo,
Ilusión de joven mantiene,
aunque espalda le dé el sueño.
Enhiesta figura le formaron
consejos de sus ancestros,
Y sigue montando el caballo,
Caballo de trabajo y silencio
que festeja a la yegua
y a los que salieron de sus adentros
Y aunque no abracen su doctrina
ni se hieran en su sendero,
sepan que todos caben
en el corazón del viejo.
Nadie te enoje chiquito
Nadie te enturbie arroyuelo
que naces en lo frondoso
del cerro recio y viejo.
Camina arroyuelo mío
serpenteando los avatares
del arrugado cerro viejo.
Saca de él sus centrañas
Hazlas tuyas en tus centros
Y llegarás en paz al mar
Lugar de los sentimientos.

ESCRITO 6: ***María Dolores Ansio***

I

HAY DÍAS COMO ÉSTE

Hay días que dejan huella y otros, vacíos y anodinos.

Hay días como éste, vehemente, fugaz, apasionado, intenso,
que alteran el latir del corazón, el pensamiento, la palabra,
y hasta la secuencia ordenada del tiempo y de las cosas.

Hay días en que nada falta, todo en orden, sosegado..., en su sitio.

La placidez, la pureza, la quietud envuelven la vida en un cáliz
de tenue luz de alborada.

II

ESTE DÍA ES ASÍ

Hay días desastrosos en que todo sale mal,
en los que parece que nos hemos levantado
inquietos, angustiados y perdidos.

El entorno se rebela, el pensamiento se confunde,
las palabras son erróneas, el corazón se acelera.
Perdemos el ritmo del mundo y de las cosas.

Este día es así. Y así lo expreso.

ESCRITO 7: *Francisco Alcaide Ble.* ***(SEGUNDO CLASIFICADO)***

El ocaso de las luces
Reflexiones póstumas del Superintendente D. Pablo de Olavide

Las vistas desde la casa en la que me instalé hace un tiempo en Baeza, me permiten ver la plaza de Santa María con su hermosa fuente en el centro, presidida por la imponente Catedral y la casa gótica de los Cabrera. Desde aquí también alcanzo a ver el Seminario de San Felipe Neri acotando todo el entorno. Este rincón de Andalucía, bañado en todo su esplendor por la obra del maestro Andrés de Vandelvira, me transmite la calma y el sosiego que he añorado durante tantos años. También para el sueño eterno. Es mi deseo, y así lo tengo dispuesto, que mis restos reposen en la Iglesia de San Pablo de esta hermosa villa.

En la robusta mesa que regaló a mi mujer, Isabel de los Ríos, el conde de Fernán Núñez, mi antiguo contertulio en las largas jornadas carolinenses, con un viejo tintero y mi libro de notas me dispongo a reflexionar sobre algunos acontecimientos de mi vida. No me gustaría, en la hora en la que nuestro Señor Jesucristo me llame a su lado, haber dejado inconclusas ciertas ideas con las que mi imagen pueda restablecer la honorabilidad que nunca debió perder.

No creo que haya ningún hombre que no cuente con un buen puñado de enemigos. Aquellos que, en el momento de su muerte, acojan con gusto el infausto desenlace y yo, no iba a ser una excepción. En los albores de 1767 me sentía dentro del círculo de hombres cercanos a su majestad el rey Carlos III. Había participado de manera notable en la introducción de cambios en nuestra nación, ideas renovadoras que dieran fin al oscurantismo que lastraba nuestro país tiempo atrás. Las pugnas por el poder y por disfrutar de los favores del rey se reñían entre los que, por un lado, deseábamos implementar políticas renovadoras para equipararnos a nuestros vecinos de Europa; y por otro lado, aún existía en España un núcleo, perteneciente a la nobleza y al alto clero, lo suficientemente sólido defendiendo lo que ellos consideraban las prácticas verdaderamente ortodoxas. Se nos tachaba de extranjerizantes, incluso de afrancesados seducidos por las ideas más revolucionarias de la *Enciclopedia.*

La erosión en nuestro ánimo por ser vistos como enemigos de la patria o, peor aún, como traidores, y los desacuerdos constantes entre Aranda y Campomanes, que terminarían con el primero en la embajada de Versalles, crearían el clima perfecto que aprovecharon nuestros enemigos, sobre todo, los de Sierra Morena.

Sin lugar a dudas la rivalidad más férrea en la que me vi envuelto, fue con Romualdo Baumann, conocido en religión por Romualdo de Friburgo, el monje capuchino traído desde Alemania con la intención de suavizar las relaciones de sus hermanos de orden y de continuar con la tarea evangelizadora de los colonos, de habla alemana, en las Nuevas Poblaciones. Muy pronto las desavenencias con el capuchino fueron palpables. Su misión, casi enfermiza, sería desacreditarme y apartarme, de manera totalmente ilegal e inmoral, de la Superintendencia de las Nuevas Poblaciones.

Tengo que reconocer que, en un principio, mi opinión sobre Romualdo era totalmente diferente. En más de una ocasión fue invitado a mi palacete demostrando ser un contertulio a la altura de las mentes más preclaras. En las acaloradas conversaciones de sobremesa encontraría los puntos débiles para, más tarde, crear tal vil argucia contra mí.

En 1774 el monje capuchino no duda en escribir al ministro Grimaldi aludiendo que diferentes prácticas llevadas a cabo en las nuevas colonias eran del todo contrarias al Evangelio, asegurando que era el Superintendente Olavide el promotor y responsable máximo.

Lo que no sabía el capuchino era los fuertes lazos de amistad que nos unían al ministro y a mí, y que este, no haría nada para perjudicarme.

Viendo que Grimaldi no atendía sus quejas, no dudó en denunciarme ante el mismísimo Tribunal Supremo de la Inquisición. La querella presentada era tan perversa como elocuente. Declaraba delitos contra la fe cristiana como que negaba los milagros, compartir con Rousseau ideas revolucionarias opuestas a la fe cristiana, burlarme del sexto mandamiento, como también me culpabilizaba de haber robado y ocultado el cuadro, encontrado en la hacienda jesuita de San Sebastián de los Ballesteros, donde aparecía el mártir romano asaeteado justo antes de expirar.

Son en estos duros momentos cuando un hombre reconoce los que verdaderamente son sus amigos. A los que testificaron en mi contra; no les culpo, incluso los perdono, pues aún en estos tiempos, el Santo Oficio era una hidra con los colmillos tan afilados que no dejaba títere con cabeza. No mencionaré sus nombres. Dejo a Dios el juicio final para sus almas.

Sin embargo, no quiero pasar por alto las personas que no dudaron en apoyarme, mostrando una lealtad inquebrantable, testificando en mi favor. Hombres como Domingo Morico, colaborador mío en Sevilla, Francisco Domenzáin, el que sería mi sucesor como Intendente de Sevilla, o el mismo conde de Fernán Núñez.

El tiempo que el tribunal tardó en deliberar no creo que fuese pensando en la posibilidad de la absolución. La sentencia estaba más que decidida, quedaba ver la condena y como se llevaría a cabo. Mi mala suerte ya estaba echada. Tiempo más tarde supe que, no pocos inquisidores, defendieron la pena de muerte contra mí.

En octubre de 1778 la sentencia estaba redactada y enviada al ministro Roda para la aprobación real antes de publicarla. Solo faltaba notificármela para escarmiento y vergüenza ante todo el mundo.

Una amonestación secreta, como medida cautelar, pensaron que no tendría el efecto ejemplarizante deseado por algunos. El rey Carlos III descartó por completo un auto de fe por creerlo del todo excesivo. Finalmente se decidió que la sentencia me sería notificada en un *autillo* en una de las salas del Tribunal que, aunque a puerta cerrada, se aseguraron de tener la publicidad y un número escogido de personas para que tuviera el efecto aleccionador deseado.

La mañana del 24 de noviembre de 1778 ha quedado en mi memoria como la más denigrante de toda mi vida. Apenas había amanecido cuando fui conducido a la sala del Tribunal por dos lacayos. Me flaqueaban las fuerzas.

Ante mí, el Inquisidor General Felipe Beltrán asistido por los inquisidores de Corte Bernardo Loygorri y José Escalzo. Cuatro interminables horas para la lectura de las diferentes piezas, declaración de los testigos y la presentación de las cuantiosas pruebas que el Tribunal había acopiado contra mí.

Se procedió a la lectura de la sentencia. En el momento en el que oí calificarme como hereje formal, solté un grito desgarrador negando con toda mi alma. Me desvanecí en el suelo tras perder el conocimiento. Cuando recobré la conciencia ya estaba de camino hacia el monasterio de Sahagún donde comenzaría, lo que ha criterio de la Inquisición, sería mi rehabilitación en la fe cristiana.

ESCRITOS INFANTILES

ESCRITO 1: ***Carla Galán Delgado***

Ganas de estudiar
rumbo a la universidad.
Ahora a trabajar
después a lo demás.
Una cosa sabemos
aunque no seas de estudiar
cada día aprendes una cosa más.
Inolvidable será
o piensas en estudiar
o sino dinero
no tendrás

ESCRITO 2: ***Carla Galán Delgado***

La mariposa
Había una vez una mujer alta de pelo rubio y ojos verdes. Su padre había fallecido y sus últimas palabras fueron "si una mariposa se posa en tí, soy yo". En su boda una mariposa se posó en su rostro y la mujer se emocionó tanto que comenzó a llorar. Su prometido le dijo "mujer que te pasa". Ella se lo contó y el hombre le comprendió.
Colorín colorado, este relato se ha acabado.

ESCRITO 3: ***Victor Manuel Lesmes Gálvez*** ***(PREMIADO JUVENIL)***

El gato moderno
Esta es la historia de un gato moderno.
Este gato de tres niños, padrino.
Sabio y listo es este señor felino,
que aprende bien sin libro ni cuaderno.

Y que su buen humor parece eterno.
Lujo y dinero de realmente fino.
Poder permitirse un buen fresco vino,
para él el sabor del bien interno.

Este gato es un siempre señorito.
Sabe lo que es la vida de alta clase,
alta como el afán de su gran hito.

Si es pobreza es una muy corta fase.
Pues nunca escasea su dinerito,
y alucinará a cualquiera que pase.

ESCRITO 4: ***Martina Rider Giménez*** ***(TERCER CLASIFICADO)***

Nadie me dirá que no puedo seguir mis sueños

Hola a todos y a todas. Mi nombre es Lucía, vivo en un pueblecito llamado San Sebastián de los Ballesteros. Tengo 11 años y mi color favorito es el verde agua.

Tengo el pelo rubio y rizado, llevo gafas, tengo pecas y no soy ni muy alta ni muy bajita.

Soy una chica artista, pero, además, soy inteligente, amable, muy sincera, responsable, un poco tímida y, sobre todo, una chica fuerte.

Ahora que ya me he presentado un poco, os voy a contar la historia de cómo me convertí en una artista de la danza urbana.

Todo empezó un día de primavera.

—Mami, ¿qué son todos esos trofeos que hay en esa estantería? —pregunté.

—Lucía, esos trofeos los ganó papá cuando tenía tu edad. Papá estaba apuntado a una escuela de baile y practicaba danza urbana —contestó mamá.

—¡Guau! Yo también quiero apuntarme a una escuela de baile —grité.

—Para eso tendríamos que encontrar una escuela y ver si hay plaza libre para ti —me explicó mamá.

Al día siguiente volví del colegio muy ilusionada.

—Mamá, papá, hoy mi profe nos ha dado un folleto de una escuela de baile para los que se quieran apuntar —grité emocionada.

—¿En serio, cariño? ¡Qué bien! —se alegró papá.

—¿Me puedo apuntar, por favor? —pregunté.

—Pues claro que sí —me aseguró mamá.

Una semana más tarde ya estaba apuntada, y llegó mi primer día.

—Hola, chicos y chicas. Mi nombre es Laura y soy vuestra profe de baile.

—¡Hola, profe! —exclamamos todos a la vez.

—Aquí vamos a aprender danza urbana (baile moderno). Pero lo más importante es que todos nos tratemos con respeto.

—Vale, empezamos presentándonos:

—Yo me llamo Sofía.

—Yo, Lucas.

—Adrián.

—Carmen.

—Isabel...

Llegó mi turno y, como ya sabéis, soy un poco tímida.

—Yo me llamo Lucía —dije en voz baja y con vergüenza.

Ya habíamos calentado y era la hora de bailar.

—Vale, chicos, ahora tenéis que hacer los pasos que diga: brazos a la cadera, cintura al lado, piernas abiertas…

Uf, bailar cansaba mucho y daba bastante calor.

Llegó la hora del descanso. Yo estaba muy contenta, pero no iba a estarlo tanto.

—Lucía, tú debes de ser la chica con autismo —dijeron unos niños.

—Así es —respondí.

—No deberías estar aquí, porque eres autista y esto es una escuela para chicos “normales”, no como tú. No vales para estar aquí.

En ese momento se me saltaron las lágrimas y el corazón me iba muy deprisa. Esas palabras me afectaron mucho.

Tenía ganas de salir corriendo, pero no lo hice. Cuando llegué a casa me fui a mi cuarto y puse mi canción favorita, que es lo que hago cuando estoy triste.

Mamá tocó a mi puerta.
—¿Cariño, estás bien?
—No, mamá. Hoy en mi escuela de baile algunos niños se han metido conmigo por lo de mi autismo. Me han dicho que no valgo y que esa escuela es para “chicos normales”.
—Lucía, quiero que sepas una cosa: que tengas autismo no significa que no valgas, todo lo contrario. Vales para todo lo que quieras. Todo lo que te propongas lo vas a conseguir.
Y además, tener autismo no significa que no seas normal. Eres una niña como las demás, solo que haces las cosas de manera distinta, y no pasa nada.
Cariño, no hagas caso a esos niños. A las escuelas de baile puede ir quien quiera, aunque alguien esté en silla de ruedas o tenga autismo. Y tener autismo no es nada malo.
Lucía, nadie te dirá que no puedes seguir tus sueños. Eres capaz de todo lo que quieras.
—Gracias, mamá. Después de hablar contigo me siento mucho más segura. Me has ayudado a tener más confianza en mí misma. Te quiero.
—Y yo a ti, Lucía.
Cuando la profe se enteró de lo que había pasado, se enfadó mucho con esos niños y hubo consecuencias para ellos, por lo que aprendieron la lección.
Y cuando llegó el día de la gran gala de verano, yo ya me había convertido en una gran bailarina **de danza urbana, y ese día lo hice estupendamente bien.**

ESCRITO 5: Valeria Rider Giménez

Mi amiga distinta y yo
Érase una vez una niña llamada Isabel a la que le encantaba jugar. Vivía en África, tenía el pelo castaño, la piel oscura y era muy amable.

Un día, Isabel tuvo que mudarse a Córdoba. Cuando llegó, nadie la aceptaba porque su piel era distinta a la de los demás. Pasaron las semanas y un día llegó una niña nueva llamada Claudia, que venía de China y tampoco encajaba porque tenía los ojos diferentes.

Claudia e Isabel no tardaron mucho en conocerse y hacerse amigas. Juntas hacían muchas cosas: bailaban, saltaban a la comba, paseaban y se reían sin parar.

Un día, todos los demás niños se dieron cuenta de que se habían portado mal. Se acercaron a **ellas y les pidieron perdón. Desde entonces, nadie volvió a reírse de ellas por ser diferentes.**

ESCRITO 6: Carmen Rider Salado

En mi pueblo
Solecito al amanecer vemos llegar,
Sabiduría de mayores aprenderás.
Bromitas de niños harán,
Rumores de vecinos que empiezan a hablar,
Orejas atentas ¿que pasara?
Se reían bajito.. ¡y vuelta a empezar!

ESCRITO 7: ***Yeray Sánchez Barbarroja***

Mano a mano con mi hermano

Me llamo Yeray y tengo 9 años. Dentro de muy poco voy a hacer algo que me hace muchísima ilusión: el día 2 de mayo voy a hacer la Primera Comunión en la iglesia de María Inmaculada, en San Sebastián de los Ballesteros.

Llevo días pensando en ese momento. A veces estoy tranquilo y otras veces me entran nervios, pero de los buenos, de esos que te hacen sonreír sin darte cuenta. Mi madre dice que es un día muy especial, que lo vamos a recordar siempre, y que no es solo una fiesta, sino también un momento importante para la familia.

En casa se habla mucho de la Comunión. Estamos preparando cosas: la ropa, la comida, los invitados… Y mi madre me ha explicado que vamos a invitar a mucha gente del pueblo, porque quiere que sea un día para compartir con todos los que nos quieren. Eso me gusta, porque siento que va a ser como una gran reunión bonita.

Pero si tengo que decir la verdad, lo que más me hace ilusión es compartir este día con mi hermano Joel. Él tiene 7 años y es como mi mejor compañero de aventuras. Nos llevamos genial, aunque somos bastante diferentes.

Yo soy más tranquilo. Me gusta pensar las cosas antes de hacerlas, y a veces me quedo mirando sin correr tanto. Joel en cambio es puro nervio, no se está quieto nunca. Siempre está inventando algo, saltando, corriendo o diciendo ideas locas. Es como si tuviera energía para todo el pueblo entero.

Cuando estamos juntos es muy divertido. Nos reímos muchísimo. A veces yo intento calmarlo un poco, pero es imposible. Y él siempre dice que yo soy “demasiado serio”, aunque luego acaba buscándome para jugar.

Me acuerdo de una vez que estábamos en el patio y Joel salió corriendo detrás de una pelota y se chocó un poco con una silla. No se hizo daño, pero empezó a reírse tanto que yo también me reí sin parar. Al final estábamos los dos en el suelo riéndonos como locos.

Por eso me hace tanta ilusión que él también haga la Comunión conmigo el mismo día. Sé que va a ser un día muy importante para los dos.

A veces me imagino cómo será todo. Me veo entrando en la iglesia con mi traje nuevo, intentando ir serio, aunque por dentro esté un poco nervioso. También imagino a mi madre mirándome con cara de emoción, y a mi familia muy contenta.

Y también me imagino a Joel, claro. Seguro que él estará un poco inquieto, mirando a todos lados, sin parar quieto ni un segundo. Yo intentaré decirle que esté tranquilo, pero sé que será difícil.

Después de la iglesia, me imagino la fiesta. Mesas, comida, gente hablando y riendo. Me gusta pensar que todo el mundo estará contento. Y sobre todo me imagino jugando con mi hermano otra vez, como siempre.

Mi madre dice que ese día es importante porque es un paso en la vida, pero también porque es un día de estar con la familia y con la gente que quieres. Yo creo que tiene razón, porque a mí lo que más me gusta es cuando estamos todos juntos y felices.

También me da un poco de respeto el momento de la iglesia, porque quiero hacerlo bien. No quiero equivocarme ni ponerme demasiado nervioso. Pero luego pienso que no pasa nada, que es un día bonito y que todo saldrá bien.

Por las noches a veces me cuesta dormir porque me imagino todo el día otra vez. Me veo entrando, escuchando la música, viendo a la gente… y luego saliendo con una sonrisa.

En el colegio también hemos hablado un poco de la Comunión. Algunos compañeros ya la hicieron el año pasado y me han contado que es un día muy especial, que pasa muy rápido y que luego quieres volver a vivirlo otra vez. Eso me da un poco de cosa, porque no quiero que pase demasiado rápido.

Mi padre también me ha dicho que ese día va a estar muy orgulloso de mí. Y eso me gusta mucho, porque quiero que estén contentos conmigo.

He pensado también en los regalos, aunque mi madre dice que eso no es lo más importante. Pero claro, soy un niño, y me hace ilusión abrir cosas y ver sorpresas. Aunque creo que lo que más me va a gustar es ver a la gente feliz.

A veces me imagino que después de todo, cuando ya haya pasado el día, me voy a sentar un momento y voy a pensar: "ya ha pasado". Y seguro que sentiré un poco de pena de que haya terminado, pero también alegría porque ha salido bien.

Lo que más me gusta de todo esto es que lo voy a vivir con mi hermano Joel. Porque aunque somos diferentes, nos entendemos muy bien. Él es como mi amigo de aventuras, y yo creo que juntos hacemos buen equipo.

También me doy cuenta de que los días importantes no son solo por lo que pasa, sino por con quién los compartes. Y yo voy a estar con mi familia, con mis amigos y con mucha gente del pueblo que nos quiere.

El día 2 de mayo está cada vez más cerca. Y aunque tengo un poco de nervios, también tengo muchísima ilusión.

Creo que será un día que nunca se me va a olvidar. Porque no solo es la Comunión, sino también todo lo que la rodea: la familia, los amigos, las risas y ese momento en el que sientes que algo importante está pasando.

Y sé que cuando pase todo, cuando ya haya terminado el día, me quedaré pensando que ha sido uno de los días más bonitos de mi vida. Y quizás, dentro de muchos años, cuando sea mayor, me acuerde de este momento y sonría, recordando a Yeray y a Joel, dos hermanos que vivieron un día especial que parecía que no se iba a acabar nunca.

ESCRITO 8: ***Marina Luna Ansio*** ***(PRIMER CLASIFICADO)***

El pequeño Miguel y el pozo

En los años 50 del siglo pasado la vida de las familias en los pueblos era un constante ir y venir entre el campo y las tareas cotidianas. Las casas no tenían lujos ni comodidades, y las mujeres eran el motor invisible del hogar, siempre con las manos ocupadas entre el fuego de la cocina, el agua del pozo, la crianza de los niños y la ropa que nunca dejaba de acumularse.

Mi bisabuela Isabel era una mujer fuerte, alegre y serena. Llevaba todo el peso de la casa mientras mi bisabuelo Juan Antonio pasaba las horas en el campo, trabajando la tierra de sol a sol con la esperanza de sacar a su familia adelante. La vida entonces no era fácil para nadie, pero el esfuerzo diario era la única manera de asegurar un futuro mejor para sus hijos.

Entre esos hijos estaba mi abuelo Miguel, el penúltimo de cinco hermanos, un niño inquieto, curioso y, a veces, especialmente insistente.

Aquel día, Miguel estuvo particularmente pesado. No paraba de hacer preguntas:
— Mamá, ¿hoy qué comemos?
— Mamá, ¿y luego qué vamos a hacer?

Y como tantas veces, mientras ayudaba a sacar agua del pozo, volvió con una de sus ocurrencias:
— Mamá, si me tiro al pozo, ¿tú lloras?
Ella, cansada pero sin perder el humor, le respondió en tono de broma:
— Mira que el niño pejiguera… No, que no lloro, ¡si te caes en el pozo ya te sacaremos!

Nadie podía imaginar lo que vendría después.

Al mediodía, Juan Antonio regresó del campo. Como era costumbre, fue a asearse y dejó la ropa usada en el cesto de la ropa sucia, sin darse cuenta de que Miguel se había quedado dormido dentro.

Pasó el tiempo y, de repente, alguien se dio cuenta de que el niño no aparecía.
Lo buscaron por toda la casa, por las calles del pueblo, por la plaza… pero nada. La preocupación fue creciendo hasta convertirse en angustia.

Fueron incluso al pozo de la casa, iluminándolo con candiles, temiendo lo peor.
Isabel, no dejaba de llorar y de lamentarse:
-¡Ay, Dios mío! ¿Por qué le diría yo eso al niño?

El ambiente era ya de desesperación cuando, de pronto, desde dentro de la casa, se oyó una voz adormilada:

-¿Qué pasa? ¿Por qué lloráis? ¿Qué es este escándalo?

Isabel respondió:
-¡Ay, mi niño! ¿Dónde estabas? Es que no te encontrábamos y pensábamos que te había pasado algo.

A lo que Miguel respondió:

-¡Mira los “parchosos" estos! ¡Tanto jaleo y yo lo que estaba era durmiendo tranquilamente!

Era Miguel, que salía del cesto de la ropa, aún medio dormido, sin saber todo el revuelo que había causado.

El alivio fue inmediato. Entre lágrimas y risas, la familia volvió a respirar. Y así, la vida volvía a ser lo que siempre había sido: un ir y venir de preocupaciones, risas y carreras para sacar a los cinco hacia delante.

Aquel momento quedó grabado para siempre en la memoria de la familia como una de esas historias que mezclan susto, ternura y la inocencia de la infancia.

Así era la vida entonces: dura, sí, pero también llena de momentos que, con el tiempo, se convertirían en recuerdos imborrables.

ESCRITO 9: Rocío Collado Cachinero

Susana es una rana
que vive en el jardín
que anuncia alborotada
¡La primavera ya está aquí!

Despierta a nuestra tortuga
croando siempre ruidosa
¿Levantate es primavera!
¡no seas tan perezosa!

Croando y dando saltos
con sus patas delanteras
saluda a miles de pájaros
que vuelven en primavera

¿Hormigas trabajadoras,
salgan a su hormiguero?
Vengan todas al jardín
¡que ya ha comenzado el juego!

ESCRITO 10: Sandra Naranjo Alcaide (SEGUNDO CLASIFICADO)

Un viaje a la prehistoria

Marta era una niña risueña y atrevida de 14 años, que soñaba con las aventuras y le encantaba leer. Un día, en el cole, su maestra le pidió a su clase hacer un trabajo sobre los dinosaurios. Ella, llegó a su casa muy contenta, porque le gustaban mucho los dinosaurios. Así que ese mismo día, se fue a la biblioteca a empezar el trabajo, pero lo que no sabía Marta, era que ese día iba a ser el mejor de todos. De camino, se encontró a su mejor amiga Lucía y así juntas llegaron a la biblioteca. Cuando llegaron, les pareció rarísimo que la biblioteca estuviera completamente vacía, pero no le dieron importancia a ello y siguieron a lo suyo. Las chicas decidieron dividirse para así encontrar un libro que les sirviera para hacer su trabajo. De repente, Marta descubrió una resplandeciente luz

que salía de un libro viejo, como de unos mil millones de años. Caminó hacia el libro, lo abrió y Lucía le preguntó:
-¿Qué contiene ese libro tan viejo y anticuado, Marta?

Marta encogió los hombros en signo de duda, mientras pasaba una página tras otra y de repente empezó a desaparecer y a adentrarse en el libro. Su amiga la cogió del brazo, intentando sacarla de ahí, pero no pudo y al final, Marta acabo dentro del libro.
Una vez ahí, Marta despertó algo extrañada en un mundo muy diferente al suyo, donde la vegetación predominaba. Ella caminaba sin rumbo ni dirección, inspeccionando un poco aquel lugar. Caminó por horas hasta encontrar un
lago de agua clara con el que pudo lavarse la cara. De golpe, un ruido demasiado potente llamó su atención e hizo que mirara hacia arriba, para descubrir de donde venía aquel ruido. Lo que provocó el ruido impactó por completo a Marta porque no era un pájaro ni un avión, sino que era un dinosaurio real, que se dirigía a atacar a la niña. Sin embargo, ella corrió rápidamente a esconderse detrás de una gran roca. Marta sin creérselo, sabía que aquel libro la había llevado al pasado, exactamente a la era de los dinosaurios.

Repentinamente le entró un hambre feroz y sabía que en esa época la única forma de comer algo, sería cazando.
Construyó un arma con piedras y palos y cuando tuvo la oportunidad, no fue capaz.
Hambrienta, caminó hasta que encontró una cueva. Se adentró y halló algo impactante. Era una especie de pinturas extrañas con formas geométricas sin sentido. Más adentro, descubrió otra cosa que casi se desmayó. Lo que Marta encontró fue un huevo de dinosaurio y según lo que recordaba de su clase de historia de la última vez, ese huevo era de un Tyrannosaurus rex. Ella estaba totalmente sorprendida, admirando el huevo cuando un dinosaurio aún más grande apareció. Era la madre del huevo. Dejó con la boca abierta a Marta con su gran rugido. Pero por mucho miedo que ella tuviera, el comportamiento de aquel animal con ella era de cariño y respeto, la trataba como si fuera su cría. Marta pensó que seguramente la había confundido con uno de sus huevos.

Pasados ya no más de dos días, el dinosaurio había acogido a Marta como una de sus crías, la alimentó, la hidrató llevándole agua del río y la cuidó sin descuidarla ni un segundo. A Marta seguía pareciéndole extraño ese comportamiento hacia un humano. Ella pensaba que la atacaría en el mismo momento en que la vio, pero fue al contrario, el dinosaurio la veía como una hija. Todos los días que había pasado allí había estado aprendiendo muchas cosas sobre el comportamiento de los dinosaurios y sobre el pasado.

Un día, Marta salió de la cueva como diariamente hacía para acompañar a el dinosaurio que había adoptado el papel de madre para conseguir comida, cuando de pronto, otro dinosaurio enemigo que tenía intención de atacar a el Tyrannosaurus rex se acercaba lentamente. Y así hizo, hirió al animal mientras Marta se escondía detrás de un arbusto verde lleno de frutos rojos. Cuando el dinosaurio cayó al suelo, soltó un rugido de dolor tan fuerte que dejaría sordo a cualquiera. Marta, sufriendo el dolor que aquel pobre dinosaurio sentía, deseaba ayudar al dinosaurio que la había estado cuidando y recordó un remedio que su abuela le enseñó, que podía curar cualquier herida. Solo necesitaba un poco de tierra, un puñado de hierbabuena y agua del río Saraby. Marta cruzó cielo y tierra, bosques y montañas para conseguir su último ingrediente, pero estaba segura de que quería ayudar de alguna manera al dinosaurio así que no dudó. Cuando llegó, quedó impresionada con la belleza del río.

Los pájaros cantaban dulcemente y el agua era clara y calmada, era un sitio ideal para pasar la

tarde. Una vez con todos los ingredientes, los mezcló hasta conseguir un barro que untó en la herida del dinosaurio. Después, arrancó un trozo de su camiseta para envolverlo alrededor de la herida. Marta se sentía tan orgullosa de haber ayudado al dinosaurio. Pasadas unas horas, el remedio de su abuela había funcionado y el dinosaurio estaba como
nuevo, se levantó y suavemente juntó su cabeza junto a la de Marta y ella sabía que eso significaba: "gracias". Después de todo aquel día, Marta estaba muy cansada, así que se quedó dormida al lado del dinosaurio. Cuando despertó, se llevó un gran susto, porque se encontraba en su casa, durmiendo en su cama, y después de un rato de reflexión, descubrió que todo había sido un sueño, acto de su imaginación. Desde ese momento, Marta despertó una gran admiración por la prehistoria y por el pasado, y sabía que era una afortunada por todo lo que tiene, así que unos cuantos años después, estudió arqueología y nunca olvidó ese viaje tan bonito.

ESCRITO 11: *Victor Manuel Lesmes Gálvez* *(PREMIADO JUVENIL)*

Un ejemplo para mí

Un día no como cualquier otro, se presentó a la escuela un niño que, por alguna extraña razón, aparentaba ser un chico muy listo, de esos que siempre sacan sobresaliente y no les hace mucha falta estudiar.
Resultó que un día un alumno completamente diferente que tendría ganas de parecerse a él se le apareció con un gran taco de papeles y le dijo:
- “Mira. Esta es mi tarea. Pues pensaba que tú, que eres un tío muy inteligente, podrías ayudarme con ella.”

El niño listo, que cayó en su trampa inocentemente, aceptó:
- “Sí claro. No hay problema.”

Y el primer alumno empezó a reírse en su mente, porque supo que ese día se aprovechó de él y que el niño nuevo le hizo toda la tarea para asegurarse un aprobado.
El problema le llegó al chico cuando se extendió por todo el instituto que él era un chico listo, y que ayudaba a hacer las tareas o los exámenes. Así, llegó al día siguiente una chica, acercándose al niño y le dio su tarea. El niño tuvo suerte de que esta vez fuera menos:
- “¡Ey! He oído que eres un niño muy listo. Pues seguramente tú me puedas ayudar con mi tarea. ¿Me ayudas, por favor?”

Y el niño, sin saber aún lo que le esperaba, aceptó:
- “Vale, por supuesto.”
- “Ay, gracias. No sabes el favor que me has hecho.”

El niño se sintió orgulloso de sí mismo al oír eso, pero en realidad esto le iba a afectar a él, porque pronto se le acumularía el cargo de resolver tareas de otros estudiantes, forzándolo a darle prioridad a la tarea de otros y no dejar tiempo para sus deberes.
Un día, la jefa de estudios decidió hablar con el niño:
- “Mira, chico. Sé que eres un niño muy listo y que la gente te busca para que les ayudes con las tareas. Pero… ¿Sabes que eso en realidad te afecta a tí?”

El chico, confuso, le respondió:
- “¿Eh? ¿Por qué? Pensaba yo que les afectaría a ellos porque se darían cuenta sus profesores de que están plagiando.”
- “Ya. Te entiendo perfectamente, ¿pero no te das cuenta de que se están aprovechando de tí?”

- “Bueno. Es posible. Pero-...”
- “No. Es posible no. Se están aprovechando de tí porque saben que te ofreces a hacerles la tarea, y eso te afecta porque un día van a llegar un montón y no tendrás tiempo ni para hacer tu tarea.” – le interrumpió la jefa.
- “Bueno. ¿Entonces tendré que dejar de hacerles la tarea?”
- “En efecto. Tú puedes decirles algo así como: “Mira. Lo siento mucho. Pero ya no puedo resolver más tareas”. ¿Entendido?”
- “Vale. Prometo que ya no resolveré más tareas de otros.”

Cuando llegó a su casa. La madre del niño fue a decirle más o menos lo mismo:
- “A ver. Que si a tí se te acerca alguien y te pide que le hagas la tarea o cualquier cosa, di que no. Y me da igual que sea muy amigo tuyo. Igualmente le vas a decir no. ¿¡Entiendes!?”
- “Vale, mamá.”
- “Eso.”

Pero el niño tenía otros planes. Tras un rato de reflexionar sobre todo el tema, se le ocurrió una idea muy ingeniosa.
Tras semanas de estrés por hacer tareas que a él no le incumben, el alumno decidió equivocarse a propósito. Sin mirar atrás, se vio obligado a fallar en sus exámenes y tareas, y esto llevó una repercusión significante en sus calificaciones, pero según él fue para una buena causa.
Un día la directora, muy preocupada por sus notas, decidió buscar respuestas:
- “Pero niño. ¿Cómo es posible? Me preocupa mucho tu bajada de nota ya que prestas mucha atención en clase y te muestras muy participador. ¿Cómo es que ahora empiezas a sacar peores notas? ¿Te ha pasado algo o tienes algún problema con alguien?”
- “¡Qué va, señora directora! ¡En absoluto! Es más, me está gustando, porque a base de un problema, estoy resolviendo otros.”
- “¿Hablas de lo de resolverle la tarea a otros?”
- “Exactamente.”
- “Pero no veo muy necesario obligarte a tí mismo a bajar de nota por otros.”
Y el alumno soltó una frase que al autor de este texto le gustó tanto tanto, que decidió recogerla en este texto.
- “Pero, señora directora. ¿No se da cuenta usted de que…?

El que decide ser guiado por una mente ajena, no da lugar a construir la suya propia. Y por eso nunca podrá razonar por su cuenta sin depender de su guía.